

# TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA

## REFLEXIONES EN TIEMPOS DE PANDEMIA

ESCRITORA

**M**e preguntan cómo llevo esta situación, que nos obliga a permanecer aislados más de lo que quisiéramos, y la respuesta es siempre la misma: bien. Pienso en mi bisabuela María que, siendo viuda, sacó adelante a sus seis hijos e hijas, y que yo conocí. Vivió la tercera guerra carlista, la I Guerra Mundial, el alzamiento de Primo de Rivera, la II República, la guerra civil, la II Guerra Mundial. También vivió, sin los avances médicos y sociales actuales, las pandemias de finales del siglo XIX y las del XX: tisis, tifus, gripes, fiebres tifoideas, sarampión, varicela, parálisis, hambre..., se cuentan por decenas. Y no fue la única que hizo frente a tanta desgracia. No estaríamos aquí si las generaciones anteriores no hubieran resistido ante las plagas que una y otra vez se han repetido a lo largo de la historia de la humanidad.

Personalmente, un rincón, un ordenador y música que me acompañe mientras escribo es todo lo que necesito para imaginar las historias que quiero, pero es también

cierto que me ha ocurrido algo curioso: no tengo prisa. Durante estos meses apenas he escrito algo, “mañana, mañana...”. Total, no sabemos cuándo saldremos de esta, y tampoco hay presentaciones, charlas, ferias de libros, así que ninguna prisa por acabar una novela o preparar una conferencia. Sin embargo no he perdido el tiempo. He visto óperas enteras, de las de tres horas, y películas antiguas y modernas, y he visitado virtualmente museos, palacios, ruinas, paisajes. Y he leído. Muchas pequeñas librerías se han visto obligadas a cerrar, así que tengo que trasladarme a Bilbao si quiero visitar alguna todavía abierta, aunque en dichas ocasiones no puedo entretenerme en un volumen, leer alguna página, compararlo con otros. Me deprime la visión de los pocos lectores o clientes que se mueven por el local y cuyos rostros no distingo; no escucho voces ni comentarios, no puedo entablar una conversación y solo se me ocurre pensar que vivo en un mundo de zombis, que yo misma soy una zombi. Pero en casa tenemos una muy bien surtida biblioteca, por lo que he echado mano a libros que no había leído en años, incluidos algunos míos y, sorpresa, he descubierto que ahora escribo mejor, bastante mejor por cierto, y he aprovechado

para reescribirlos, algo que no habría hecho en otras circunstancias por falta de tiempo.

No obstante, soy optimista por naturaleza y creo firmemente que este aislamiento obligado alguna cosa buena traerá a quienes nos dedicamos a la aventura de la creación. Nunca como ahora he mantenido tantos contactos con otros escritores, músicos, cantantes, actores, escultores y pintores, vascos en su mayoría, a través de e-mail, teléfono, redes o charlas online, algo que nuestros padres y abuelos no pudieron ni soñar. Compruebo que todos ellos/ellas están activos: componen, graban discos, pintan, esculpen, tienen proyectos, y me alegra, pues son parte esencial de nuestra cultura. Sin su trabajo tendríamos menos para legar a nuestros descendientes, que no sabrían cómo vivimos en la actualidad, quiénes somos, en qué pensamos o creemos, de nuestros miedos y esperanzas.

Lo cual me lleva a recapacitar acerca de la inestable vida de los creadores, siempre dependientes de las modas de cada momento, sin sueldo fijo; a la espera de que este o aquel empresario de las artes y las letras decida exponer su cuadro, hacer su película, grabar su disco o publicar su libro. Pendientes también de que los responsables culturales los contraten para dar conferencias o conciertos, y de que los medios de comunicación les hagan un pequeño hueco en sus páginas culturales y de sociedad, entre noticias de bodas y divorcios, escándalos, premios dados a dedo y demás parafernalias, un cliché que en poco o nada se parece a la vida real de los ciudadanos de a pie y, mucho menos, a la de artistas y escritores que tanto ahora como en el pasado hicieron y hacen un acto de fe y dedican sus esfuerzos a trabajos que, quizás, nunca se conozcan. La cultura es la hermana pobre de una sociedad más preocupada por el dinero, la fama, el beneficio sea cual sea. Se olvida que "cultura" es una

palabra latina referente al cultivo de la tierra, transformada mucho después en lo que ahora conocemos por cultivo de las mentes y mantenimiento de formas de expresión, tradiciones y creencias de los pueblos.

Esta pandemia que ahora padecemos dejará su rastro, pero no impedirá que los creadores continúen su labor, como tampoco impidió que Dante lo hiciera durante la peste bubónica, Leonardo trabajara durante la epidemia de la viruela, Beethoven compusiera en épocas de tifus, Proust escribiera durante la llamada "gripe española", o que Freddie Mercury cantara infectado por el VIH. Estos son tan solo unos pocos ejemplos de los muchos que existen, y existirán, pues quien crea se nutre de lo que vive y lo plasma.

Aquí, en casa, nuestros músicos, cantantes, actores, actrices, escritores y escritoras siguen en la brecha, lo sé. Las editoriales no han parado, y este año aparecerán interesantes títulos de autores conocidos o por conocer; la BOS y la OSE continúan, los cantantes y los grupos también; los teatros están abiertos y se programan nuevas obras en breve, y el cine vasco se encuentra en su mejor momento. Cierto que, en ocasiones, nos vemos obligados a pedir libros y discos por Internet, a ver conciertos y películas vía online, y que cuando tenemos oportunidad de asistir a una representación musical o teatral, a una charla, nos separan dos butacas y no nos vemos las caras. También es cierto que nuestras citas culturales más importantes, como Durangoko Azoka, la programación de óperas y grandes conciertos de todo tipo, incluso los grandes festejos, están a la espera de que el semáforo se ponga en verde. Pero todo pasará, siempre pasa.